

DESDE EL CRISTO DE SAN DAMIAN AL CANTICO LAS ALABANZAS AL DIOS ALTISIMO

1. Tú eres santo Señor Dios único, que haces maravillas (Sal 76,15).
2. Tú eres fuerte,
tú eres grande (cf. Sal. 85,10),
tú eres altísimo,
tú eres rey omnipotente,
tú Padre santo (Jn 17,11), rey del cielo y de la tierra (Cf. Mt 11,25).
3. Tú eres trino y uno, Señor Dios de dioses (cf. Sal 135,2),
tú eres el bien, todo bien, el sumo bien,
Señor Dios vivo verdadero (cf. 1 Test 1,9).
4. Tú eres amor, caridad;
tú eres sabiduría,
tú eres humildad,
tú eres paciencia (Sal 70,5),
tú eres belleza,
tú eres mansedumbre,
tú eres seguridad,
tú eres descanso,
tú eres gozo y alegría (Sal 50,10),
tú eres nuestra esperanza,
tú eres justicia,
tú eres templanza,
tú eres toda nuestra riqueza a satisfacción.
5. Tú eres belleza,
tú eres mansedumbre,
tú eres protector (Sal 30,5),
tú eres custodio y defensor nuestro;
tú eres fortaleza (cf. Sal 42,2),
tú eres refrigerio.
6. Tú eres esperanza nuestra,
tú eres fe nuestra,
tú eres caridad nuestra,
tú eres toda dulzura nuestra,
tú eres vida eterna nuestra:
Grande y admirable Señor,
Dios omnipotente, misericordioso Salvador.

El Dios al que Francisco de Asís alaba en esta oración así como el sentido de absoluto con que el Pobrecillo lo experimenta se atisba ya en la expresión del Santo “*Dios mío y mi todo*”. Esta expresión condensa el sentido de absoluto que tenía ese contemplativo de la vida y del cosmos que era “el hombre infinitamente pequeño”, como le llama Rubén Darío.

Francisco es un cristiano excepcional y por ello nos ayuda tanto a ensanchar y reforzar nuestra identidad cristiana, como seres humanos tendentes a la excelencia desde la relación fontal con el Padre Dios por Cristo y, bajo las mociones e inspiraciones del Espíritu Santo, con toda criatura.

En el VIII Centenario de la composición del Cántico de las Criaturas y con las Alabanzas al Dios Altísimo resonando en nuestro corazón, nos acercamos al Pobrecillo mientras va resonando en nuestro interior quién es el Dios de su fe para que la nuestra se asemeje a la suya y adoremos al Dios de Jesucristo “en espíritu y verdad”.

La majestad del “Alto y glorioso Dios” que atrajo a Francisco desde el silencio ante el icono del Cristo de San Damián lo conquistó con la ardentísima Caridad de la Pasión crucificada y lo terminó de seducir con la humildad de la Encarnación. Por eso, cuanto más contemplaba el Santo la altura, la inmensidad y la trascendencia de Dios con mayor agudeza sentía Su inmarcesible cercanía y más ésta le enviaba a acercarse a los demás como un eco de la Encarnación y de la Natividad del Salvador.

Para Francisco Dios es el Don de dones, su todo. En otro podría dar la impresión de que el mundo desaparece, que la realidad de los otros no importa; entonces en Francisco se revela el don que sólo se alcanza desde un corazón puro por sencillo, contemplativo.

Cada criatura y el prójimo siempre primero y más, son signo y don de la Providencia y lugar de encuentro con Dios y la única forma de amar en verdad y con verdad al Dios del cielo es hacerlo por doquier, en todo cuanto existe. Por eso Francisco le canta a Dios amándolo en cada ser.

Atrevámonos a descubrir que Dios nos ofrece ser como Él, *“el que es siendo”* (el nombre de *“Yahvé”*), no como un presente de indicativo estático sino en un dinámico presente continuo que se apoya en un pasado nuestro, pluscuamperfecto por redimido, abriéndonos a un futuro perfecto, el que Él nos ofrece para que todas las criaturas que compartimos la existencia porque Él nos la ha dado vivamos desde una confraternización que repare las grietas de este mundo roto por el pecado con la argamasa del respeto, la corresponsabilidad y la colaboración.

“Porque todas las criaturas sirven a Su creador mejor que tú, incluso los demonios pues ellos no le crucificaron y todavía tú lo crucificas al deleitarte en vicios y pecados” (Admonición V). El Cántico de las Criaturas es el resultado literario de esta espiritualidad que ha de ser en nosotros identidad y misión humanista y ecológica.

Entrando ahora en los entresijos de la experiencia de Dios que de Francisco recogemos en las Alabanzas al Dios Altísimo y en el Cántico del hermano sol, nos tenemos que retrotraer a 1.204 y ponernos con el Pobrecillo ante el Cristo de San Damián. Jesús no pende de la cruz sino que se alza desde ella no desfigurado por el dolor sino erguido y lleno de majestad, con los ojos abiertos y el rostro resplandeciente.

“Desde entonces se le clava en el alma santa la compasión por el Crucificado, y, como puede creerse piadosamente, se le imprimen profundamente en el corazón, bien que no todavía en la carne, las veneradas llagas de la pasión” (2 Cel 10b). El primer biógrafo tiende aquí un puente entre aquella experiencia de Francisco y su futura estigmatización.

¿Qué es lo que le marcó entonces, dejándole impresas huellas, cicatrices, heridas que veinte años más tarde aflorarían desde el hondón de su alma a su cuerpo? Para encontrar la respuesta hay que recordar sobre todo dos acontecimientos: el beso al leproso y las palabras del Cristo de San Damián. La sensibilidad ante el sufrimiento ajeno vincula ambos hechos. Francisco se hace accesible al sufrimiento, se hace vulnerable.

Hasta entonces rehuía a los leprosos, como todos, como nosotros; ahora se apea del caballo de sus bienes y privilegios de burgués, se acerca al leproso y lo abraza. Se acabó el atenderles por medio de terceros y esta autosuperación le abre un mundo nuevo. Da la vuelta a su escala de valores. Lo que hasta entonces le era repugnante y espantosamente amargo, se le vuelve incluso dulce (cf. Test 3). Es la obra que la Cruz de Cristo realizó hace 2.000 años y que sigue avanzando en las personas concretas que abajan su ego para enaltecer la presencia de Dios en ellos.

A lo largo de toda la vida, Francisco sentirá que todas las formas de miseria humana, todas las desgracias que se abaten desde fuera sobre cualquier ser humano, todo el mal que se causan mutuamente las personas, se resumen y son redimidos en la *cruz*. La cruz es símbolo del sufrimiento del mundo y es también el inicio de un mundo nuevo, liberado.

El leproso y el Crucificado no eran para Francisco dos mundos diferentes, separados. La cruz que veía en las iglesias le mantenía abierto al indecible dolor humano y la visión de un ser humano sufriente le recordaba a Jesús en la cruz. Así, desde la oración hecha vida por la contemplación, por la mirada de fe sobre todos y sobre todo, el Pobrecillo tenía casi diariamente ante los ojos el camino crucificado de Jesús.

Desde el encuentro de San Damián, aquel medieval de nombre Francisco, cuyo conocimiento de Dios era el propio del tiempo, el trascendente, poderoso y lejano Señor de señores feudales y emperadores que se encontraba muy por encima de la pirámide de la sociedad feudal, quedó tan conmovido por la cercanía del amor de Dios por nosotros que lloraba clamando: “¡El amor no es amado!”.

El amor de Dios lo conmovió ya entonces, cuando se identifica el principio de su camino de conversión.

Podemos entender también así lo que le sucedió en septiembre de 1224, el día de la fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz, en el que se hizo externamente visible en su cuerpo lo que le marcaba en su interior desde hacía dos décadas. En su carne brotaron las llagas de Jesús crucificado.

Solemos decir que Francisco recibió las llagas de Cristo pues el prodigio y la gracia provenían de Dios: Dios fue el autor, Francisco el receptor. Pero el hombre pudo recibir aquellos estigmas porque se había sensibilizado con el dolor de Jesús en la pasión desde la creciente comunión de vida, afectos, prioridades y sentimientos con el Hijo de Dios.

Francisco se había ejercitado en la meditación de la Pasión y en el aguante del sufrimiento desde el ejemplo del Amor obediente del Señor al Padre del cielo. En San Damián tenía la cruz *delante*, en el Alverna la tenía *dentro*. En él se dio una profética realización de dichos populares como “Te conviertes en lo que amas” o “Somos lo que comemos”.

Las *Alabanzas*, escritas en el anverso del precioso pergamino en el que Francisco legó a fray León su propia bendición, constan de breves frases. La mayoría de ellas tienen sólo tres palabras y todas empiezan con el pronombre “Tú”. Son una serie de invocaciones y exclamaciones de asombro que se suceden sin interrupción. A cada invocación no sigue la misma respuesta exclamativa sino que, después de cada “Tú”, se proclama un enunciado distinto sobre Dios pero no se habla *de* Dios, sino *a* Dios; no es un tratado, sino una oración.

Tan intensa y profunda ha sido la experiencia que Francisco ha tenido de Dios, que de él no brota sino Dios, y ese “Tú” divino le sobrepasa de tal manera que prorrumpen en sus labios nuevos enunciados. No puede “acabar” de hablar de Dios ni de hablar a Dios. Por eso lo invoca hasta con expresiones opuestas para la lógica del mundo, llamándolo, “fortaleza” y “mansedumbre”, “omnipotente” y “humilde”. El estilo litánico es un signo del esfuerzo inagotable de entregarse continuamente a Dios, cada vez más plenamente desde la experiencia de haberle recibido ya a Él todo entero (CtaO 29).

A diferencia de en la oración ante el Cristo de San Damián, en la que la primera persona del singular referida al orante es una constante, en estas *Alabanzas al Dios Altísimo* Francisco parece haber desaparecido ante sus ojos; ya no tiene ojos sino para Dios y ya nada trata de él sólo ni de él primero -ni siquiera por sus dolores físicos o por los psicológicos y espirituales que le deparaba el rumbo de la Orden-.

Ahora todo trata sólo del “Tú” de Dios. No aparece nunca un “yo” o un “mío”. La oración carece de toda referencia al “yo”, es una entrega total llena de ardor amante, admirativo y contemplativo hacia Dios, sin formular preguntas ni exponer peticiones: Francisco mismo es todo él pura alabanza a Dios y junto al “Tú” reinante del Dios Altísimo solo tiene cabida el “nosotros” de la fraternidad, nunca el “yo”.

A diferencia de otras oraciones de Francisco, no hay ninguna invitación a la alabanza. La acción cede totalmente el paso al ser, hasta la acción evangelizadora de invitar y mover a los otros a sumarse a su plegaria de alabanza parece quedar en suspenso.

El ser de Dios es contemplado con amor; no queda tiempo ni fuerzas para desperdiciarlos en considerar la pequeñez o la indignidad del hombre, ni siquiera queda un resquicio de pergamino donde recoger alguna alusión a los dolores causados por las llagas.

Las *Alabanzas* son como un himno pascual, sembrado en Francisco desde 1.204 por el encuentro con un Cristo de San Damián que no es un crucificado sino un resucitado. El orante está inmerso en la luz y el amor de Dios. Parece estar alejado de sí mismo y de las tribulaciones de su propia historia personal.

Sin detenerse un instante a referir lo que le ha sucedido sobre la cima del Alverna, el ahora estigmatizado de Asís alaba al Dios grande y bueno, que es para él un misterio que le estremece de respeto y de temblor y que, al mismo tiempo, le atrae apasionadamente.

ESTRUCTURA

La edición de la BAC, siguiendo a K. Esser, divide el texto en seis versículos o estrofas. Lázaro Iriarte sigue esta misma división, a la vez que subdividen los versículos según el número de invocaciones. Autores diversos enumeran todas las invocaciones, de principio a fin, llegando al número de 33, en el que ve una probable alusión a la edad de Jesús en el momento de Su muerte y de Su resurrección, enumeración que no es caprichosa si consideramos que también el *Cántico del hermano Sol* consta de 33 líneas.

La primera, la octava y la última invocación son más largas y más solemnes. Tienen una especie de entonación inicial y conclusiva. La primera parte va en ascenso, hasta detenerse en la invocación. “Tú eres el bien”, idea que repite tres veces, usando la forma del superlativo hebreo (“Santo, Santo, Santo” para invocar al santísimo) para referirse a quien es el Sumo bien, Bien total, a espaldas del cual no hay bien alguno.

También tenemos una progresión en la mitad de la segunda parte que resalta las actitudes de Dios: Dios es amor, caridad, sabiduría, humildad, paciencia, etc.; los enunciados son simétricos hasta llegar a la aclamación: “Tú eres toda nuestra riqueza a satisfacción”. Después de esta invocación, más larga, los enunciados vuelven a tener las mismas dimensiones de antes, salvo la última alabanza, que es más larga y solemne, como el “último acorde”.

Tanto si se sigue la numeración en versículos de K. Esser como según el número de invocaciones, puede observarse una cierta división en tres partes. A continuación comentamos las *Alabanzas al Dios altísimo*, dividiéndolas en esos tres bloques.

Grandeza y bondad de Dios

1. Tú eres santo Señor Dios único, que haces maravillas (Sal 76,15).
2. Tú eres fuerte, tú eres grande (cf. Sal. 85,10), tú eres altísimo, tú eres rey omnipotente, tú Padre santo (Jn 17,11), rey del cielo y de la tierra.
3. Tú eres trino y uno, Señor Dios de dioses, tú eres el bien, todo bien, el sumo bien, Señor Dios vivo verdadero (cf. 1 Test 1,9).

El v. 1 es la aclamación de entrada que pone la base de todo el cántico. Tiene una oración subordinada: “que haces maravillas”. Es el único caso en el que se habla de la *acción* de Dios; en todos los demás se habla de *quién* y *cómo* es Dios.

En la palabra “maravillas” podríamos captar una alusión a la experiencia de su estigmatización, con lo que las alabanzas que siguen se entienden todavía más como respuesta a su crucifixión mística. En este primer núcleo Francisco subraya la santidad de Dios. Dios es el totalmente otro, sobrepasa toda idea que podamos forjarnos sobre Él, supera nuestra capacidad de comprensión. Todo es experiencia de encuentro y de amor.

El v. 2 realza también la transcendencia de Dios, su fuerza, su grandeza, su energía creadora, su realeza y señorío. Pero junto con la realeza divina se entremezcla la invocación paternal: Dios es altísimo pero no por ello deja de ser paternalmente cercano.

Francisco une aquí (al igual que en RnB 23,1) dos oraciones pronunciadas por Jesús y transmitidas en dos lugares distintos del Nuevo Testamento: Jn 17, 11 y Mt 11, 25. Quien se ha hecho uno con Cristo en sus afectos y en su voluntad, incluso en su propio cuerpo, ora con palabras de Jesús y se sumerge con Él en la oración al Padre.

La humildad de Dios, nuestra riqueza

4. Tú eres amor, caridad;
tú eres sabiduría,
tú eres humildad,
tú eres paciencia (Sal 70,5),
tú eres belleza,
tú eres mansedumbre,
tú eres seguridad,
tú eres descanso,
tú eres gozo y alegría (Sal 50,10),
tú eres nuestra esperanza,
tú eres justicia, tú eres templanza,
tú eres toda nuestra riqueza a satisfacción.

Las trece invocaciones del v. 4 tienen como común denominador la entrega amorosa de Dios al hombre. Por eso lo primero que se nombra es el *amor*, y dos veces por cierto: “Tú eres amor, caridad”.

En la *Paráfrasis del Padrenuestro* Francisco dice: “inflamándolos (a los ángeles y a los santos) para el amor, porque tú, Señor, eres Amor” (ParPN 2).

“Tú eres sabiduría” es una invocación que bien nos resulta más familiar en el contexto del Antiguo Testamento pero el enunciado “Tú eres *humildad*” sólo puede pensarse en una mentalidad neotestamentaria.

Desde la encarnación del Hijo de Dios y su muerte en la cruz, la fuerza de Dios se nos ha revelado como la debilidad de quien ama y lo da todo y se da del todo con tal de procurar el bien al amado, es una debilidad voluntaria, querida, es la fortaleza de la humildad.

La afirmación de que Dios es humilde es en sí misma una afirmación que sólo puede encontrarse en el cristianismo. Francisco puso también en su justa luz la “humildad de Dios” cuando expuso a los hombres la humildad de Cristo en la representación navideña de Greccio.

Cuando piensa que Dios se ha rebajado en la encarnación y en la eucaristía al nivel de los hombres, exclama lleno de júbilo: “¡Oh celsitud admirable y condescendencia asombrosa! ¡Oh sublime humildad!, ¡Oh humilde sublimidad: que el Señor del mundo universo, Dios e Hijo de Dios, se humilla hasta el punto de esconderse, para nuestra salvación, bajo una pequeña forma de pan!” (CtaO 27; cf. Adm 1); y en la *Regla*: “Empéñense todos los hermanos en seguir la humildad y pobreza de nuestro Señor Jesucristo” (RnB 9,1; cf. RB 12,4).

Toda la vida franciscana es un manifestar la humildad de Dios. La fuerza de Dios no aplasta; su humildad da nuevos ánimos. De ahí la alegría en la vida y en la proclamación evangélica de quien participa del espíritu de Francisco de Asís.

Tras contemplar la humildad de Dios, Francisco se fija en su *paciencia*. Ambas constituyen para él una pareja inseparable. En la *Adm.* 13, 2-3 decía: “El siervo de Dios no puede saber cuánta *paciencia y humildad* posee mientras todo le vaya a su gusto. Mas cuanta *paciencia y humildad* muestra el día en que le contrarían quienes debieran complacerle, tanta tiene y no más”; y después en la *Adm.* 27,2: “Donde hay *paciencia y humildad*, no hay ira ni perturbación”. Y en la *Carta a todos los Fieles* afirma ante quien tiene el ministerio de la autoridad sobre otros: “Tampoco se deje llevar de la ira contra el hermano por algún delito suyo, sino con toda *paciencia y humildad* amonéstelo y sopórtelo benignamente” (2CtaF 44).

Las virtudes de la humildad y la paciencia que debe procurar vivir el hombre, Francisco las ve hechas realidad en Dios, más concretamente, en Jesucristo: Jesucristo es *la* humildad, *la* paciencia.

Las *Alabanzas del Dios altísimo* son la única oración en la que Francisco alaba la *belleza* de Dios, y por dos veces (vv. 4 y 5). La experiencia mística del Alverna dejó impresas las llagas de Cristo en el cuerpo de Francisco, y en su alma imprimió la huella de la Belleza subsistente del mismo Dios.

En la *Paráfrasis del Padrenuestro* dice: “Tú, Señor, eres la luz”. Para él el sol es la más hermosa de todas las criaturas, imagen del Altísimo. En el *Cántico* alaba al Creador por la belleza de las distintas criaturas, y en las *Alabanzas del Dios altísimo* resume todo ello en la exclamación: “Tú eres belleza”. El colorido del *Cántico* es una aplicación de esta exclamación.

La aclamación “Tú eres *mansedumbre*” aparece también dos veces (vv. 4 y 5). El orante enamorado no se cansa de expresar y alabar las propiedades de Dios. Le faltan palabras para hacerlo. Llama a Dios “manso, suave y dulce... suave” (1 R 23,9.11); la humildad es parte de la cordialidad con que Dios nos trata. Los dos siguientes nombres de Dios en las Alabanzas, *seguridad* y *descanso*, forman también una pareja. Quien se apoya en Dios, encuentra descanso. Así lo expresa el dicho de Francisco: “Donde hay quietud y meditación, allí no hay preocupación ni vagancia” (Adm 27,4).

Forman también un binomio el *gozo* y la *alegría*. Francisco conoce este binomio del salmo 50: “Hazme oír el gozo y la alegría”. Podrían citarse muchos textos paralelos y, sobre todo, el diálogo de Francisco y León sobre la verdadera y perfecta alegría (VerAl). La oración del monte Alverna nos dice dónde está la fuente de la alegría perfecta: Dios es la alegría y darnos a Él nos la entrega en la misma medida en que nos damos.

Vincular la pobreza con la alegría puede considerarse como una característica franciscana. Francisco une intencionadamente la pobreza y la esperanza en sus *Alabanzas al Dios altísimo* al decir tras mencionar pobreza y alegría: “Tú eres nuestra esperanza”.

También están emparentados los términos *justicia* y *templanza*. Si la afirmación de que Dios es justo aparece a menudo en la Biblia y en Francisco, la idea de la templanza, en cambio, es más rara. Para Francisco es un reflejo de la justicia de Dios, un signo de que Dios contiene su ira a fuerza de Sabiduría y misericordia, es manso y bondadoso.

Lo que más le conmueve a Francisco en el v. 4 es la entrega de Dios al hombre. Repite sin cesar conceptos que expresan el anhelo eterno del ser humano. Todo cuando el hombre ansía, está en Dios. Por eso concluye el párrafo con un reconocimiento que resume y sublima las afirmaciones anteriores: “Tú eres *toda* nuestra riqueza *a satisfacción*”.

Proclamar a Dios como riqueza *a satisfacción* supone la base teológica más profunda de la pobreza. Somos criaturas de Dios y de Él dependemos por entero. Él es nuestra riqueza, una riqueza que nos pertenece en la medida en que le pertenecemos a Él. Cuanto menos uno se posee por la minoridad y el desapropio tanto más es de Dios. Así es como Francisco entiende la pobreza.

La fuerza de Dios es nuestra salvación

5. Tú eres belleza,
tú eres mansedumbre,
tú eres protector (Sal 30,5),
tú eres custodio y defensor nuestro;
tú eres fortaleza (cf. Sal 42,2),
tú eres refrigerio.
6. Tú eres esperanza nuestra,
tú eres fe nuestra, tú eres caridad nuestra,
tú eres toda dulzura nuestra,
tú eres vida eterna nuestra:
Grande y admirable Señor,
Dios omnipotente, misericordioso Salvador.

Tras repetir *belleza y mansedumbre*, dos nombres ya mencionados, destaca el tema de Dios como *protector, custodio y defensor*. El hombre puede apoyarse en Dios y sentirse seguro. Por eso termina el v. 5 diciendo: “Tú eres *refrigerio*”. Si se quiere determinar una relación de las *Alabanzas del Dios altísimo* con fray León y la bendición que Francisco le entregó en la segunda cara del pergamino donde recogió las Alabanzas, aquí la tenemos: contra sus tentaciones y luchas, el Santo recuerda a Fray León que Dios nos protege, custodia y defiende. Y para quien se ha cansado en el camino, Dios es el refrigerio restaurador.

El principio de v. 6 repite la expresión del v. 4: “Tú eres esperanza nuestra”. Y añade las otras dos virtudes teologales, completando la tríada como *ante el Cristo de S. Damián: “Dame fe recta, esperanza cierta y caridad perfecta”*. La línea de unión entre la OrSD y la crucifixión mística en el monte Alverna aparece, pues, reflejada también en esta mención de las tres virtudes teologales. La súplica del joven Francisco durante aquel tiempo de conversión ha sido escuchada.

Francisco ya no se mira a sí mismo preocupándose por sus imperfecciones, carencias y pecados pues ahora ya ha sido liberado de la preocupación de tener una fe recta, una esperanza cierta y una caridad perfecta. La distancia entre Dios y él se ha acortado, la ha acortado el Dios que ya lo hizo con Su Encarnación.

A la designación de Dios como “caridad nuestra” sigue el concepto de *dulzura*, todavía más fuerte desde el punto de vista afectivo. Y, en línea ascendente, se añade el subrayado “*toda*”. Francisco ha experimentado a Dios como la felicidad más completa y profunda, lo ha saboreado y degustado como a auténtica delicia: así lo da a entender la expresión “*dulzura*”. Estamos ante la forma de expresarse de un místico, de un hombre que no sólo busca comprender a Dios con el entendimiento sino que está unido a Él en cuerpo y alma.

La palabra *amor* está unida en las *Alabanzas* con la palabra *dulzura*, sobre lo que escribe Celano en otro lugar: “Entre otras expresiones usuales en la conversación, no podía oír la palabra *amor de Dios* sin conmoverse hondamente. En efecto, al oír mencionar el *amor de Dios*, de súbito se excitaba, se impresionaba, se inflamaba, como si la voz que sonaba fuera tocara como un plectro la cuerda íntima del corazón” (2 Cel 196).

Merece la pena advertir la *dimensión plural* de esta invocación: “*Toda dulzura nuestra*”. Aunque Francisco redacte las *Alabanzas del Dios altísimo* después de un encuentro personal e intransferible con Cristo, su mirada se mantiene abierta a la comunidad, al *nosotros más fraterno*. Hubiera sido lógico que, después de la estigmatización, escribiera: “Tú eres *mi* dulzura”, pero Francisco reza en primera persona del plural; incluso después de la estigmatización no se siente desvinculado de los hermanos y de todos los hombres sino en comunión con ellos.

La última frase dirige una mirada al vasto futuro. Francisco sabe que Dios regala una vida sin fin y también entiende esa vida eterna en sentido comunitario y no simplemente individual: es “*vida eterna nuestra*”, para cada uno en particular y para todos en común.

En las *Alabanzas del Dios altísimo* no aparece ninguna palabra negativa, ningún *no* o *nada*, ni la palabra *malo* o *maligno*, como tampoco el término *dolor* o *juicio*. Dios es bueno, de ahí que todo sea visto positivamente.

En esta línea de positividad creyente y no de ingenuo optimismo, Francisco concluye con una exclamación solemne y vibrante. Repite, cerrando el círculo, palabras empleadas al principio de la oración: grande y admirable *Señor, Dios omnipotente, misericordioso salvador*. Esta última palabra muestra una vez más la visión positiva del futuro que confiere a Francisco su profunda fe. Dios es “misericordioso Salvador”. Con ello se equilibra la expresión “grande y admirable Señor, Dios omnipotente”.

Francisco contempla simultáneamente la sublimidad y la misericordia de Dios, su omnipotencia y su acción salvífica. Dios “nos salvará por sola su misericordia” (RnB 23,8). La última palabra le corresponde al “Salvador”, la última palabra la tiene Su misericordia.

Las “Alabanzas del Dios altísimo”, ejemplo de oración afectiva

Meditándolas línea a línea, las *Alabanzas del Dios altísimo* revelan algo de la visión de Dios y de la experiencia de Dios de Francisco. Percibimos el carácter marcadamente afectivo de su piedad, pero también captamos su conciencia de la gran distancia existente entre Dios y él.

Como en sus otras oraciones, Dios es para él presencia viva, realidad verdadera; es grande y misterioso, pero puede hablarse con Él. Merece todo amor. Es el Señor pero, en su bondad, es también Padre maternal, nuestra riqueza, nuestra dulzura, nuestro único y nuestro todo. La experiencia espiritual de Francisco en mucho se toca con la de los profetas del Antiguo Testamento, particularmente con Oseas, Isaías y Jeremías.

En las *Alabanzas al Dios altísimo* Dios no es objeto de reflexión teológica, sino de “degustación afectiva”. La oración repetitiva, en uso desde hacía seis siglos al menos entre los monjes y los laicos piadosos, adquiere aquí un tono meditativo-afectivo.

Tras la letanía de tantos nombres de Dios se esconde la preocupación de entregarse por entero a Él, de hablarle a Él para ser dignos y capaces de hablar de Él con una profundidad cada vez mayor y nunca como de una idea alambicada por las categorías de un intelecto humano tan sobradamente sobrepasado por el “Tú” de Dios.

En el misterio del “Tú” que es Dios el orante descubre características siempre nuevas, fascinantes, y renovadas formas de entrega a nosotros. De ese modo todo queda insertado en el “Tú” eterno. Francisco procura expresar aquí, en sencillas invocaciones, la experiencia de la grandeza y de la bondad fontal de Dios vivida en el Alverna.